



NÚM. 19. PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID, por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs.

MADRID 12 DE MAYO DE 1861.

PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs., un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, un año 7 pesos.—AMERICA Y ASIA, 10 á 15 pesos.

AÑO V.

REVISTA DE LA SEMANA.



Qué inconsecuencias nos ofrece la temperatura en Madrid! A un calor de 20° sucede repentinamente un frio glacial, y el termómetro que hoy está cerca del 0, vuelve á subir mañana á 18 ó 20. La última semana tuvo algunos dias deliciosos, propios de mayo; pero la que concluye hoy ha estado lluviosa y fria como una semana de noviembre. Madrid, pues, no tiene fijeza de principios en punto á temperatura, y su clima está sujeto á bruscas transiciones, que hacen al habitante prevenido no fiarse de apariencias. La calma mas perfecta se suele convertir á los pocos minutos en la tempestad mas deshecha: las causas de la tempestad van obrando lenta, progresiva é inadvertidamente, y á lo mejor cuando mas descuidados nos encontramos, se desencadena el huracan, ruge el trueno en los aires, y el rayo amenaza *pauperum tabernas regumque turreas*.

Al fin se ha hecho el ensayo oficial en Alicante con el icteo del señor Monturiol á presencia del señor ministro de Marina, de las autoridades y de los representantes de tres periódicos privilegiados, convidados por el señor ministro. Con el resto de la prensa no se ha contado para nada; decimos mal, se ha contado para que favorezca el invento.

Claro está, sin embargo, que el que escribe estas líneas no ha de resentirse por lo que á él le toca; pues no solamente no busca, sino que tampoco acepta, esta clase de invitaciones, y cuando ha ido á alguna parte, ha ido de su cuenta. Pero le parece una falta de atención con la prensa que no se haya invitado á todos los periódicos, no precisamente á pagar á sus redactores un viaje y un almuerzo, sino á presenciar en Alicante

la prueba que iba á hacerse del invento que la prensa mas que nadie ha protegido; prueba que asi hubiera tenido mas realce.

De todos modos, como *EL MUSEO* ha dado ya una descripción completa con grabados del barco-pez y de su mecanismo, y como hemos hablado de otros ensayos que se han hecho, completamente satisfactorios para su autor, no tenemos aquí que añadir sino que la prueba última fue igualmente lisonjera, y remitirnos á lo que digimos en la última revista: que el señor Monturiol merece un premio por su invencion y que el gobierno debe aplicar un crédito extraordinario para la construccion de varios icteos en la mayor escala compatible con los recursos de que se pueda disponer y con la utilidad que ha de reportar la invencion. Grande responsabilidad contraeria el gobierno si en pruebas, ensayos y expedientes hiciese perder la paciencia y los fondos al señor Monturiol obligándole á buscar capitales extranjeros para llevar á cabo su empresa.

El domingo último se verificó en Barcelona el acto solemne de distribuir los premios á los que los han merecido en los juegos florales. Los señores Campo y Falces, Balaguer y Roselló, salieron agraciados con los cuatro primeros premios, habiendo obtenido dos el señor Balaguer. El otro le obtuvo la señorita doña Isabel Villamartin.

La guerra comienza á ser formal entre los Estados del Norte y del Sur de la antigua confederacion americana. El Norte reúne tropas para emprender la reconquista de los fuertes que ha perdido, y el Sur ha publicado un decreto ofreciendo patentes de corso contra el Norte. Se ha observado que el gran vapor *Great Eastern*, el buque monstruo construido en Inglaterra y capaz de llevar á su bordo diez mil hombres de tropas, aquel buque, cuya descripción dimos en el año anterior, que es el mayor que ha surcado los mares y que no puede por lo mismo entrar en todos los puertos, ha salido en la última semana para América, y esto ha hecho creer que habia sido comprado por una de las dos partes beligerantes. El *Great Eastern* ha sido para sus accionistas una mala especulacion hasta ahora, habiéndoles hecho gastar muchísimo mas de lo que les ha producido: por lo cual se habian suspendido sus viajes y estaba embargado por los acreedores. De repente se ha levantado el embargo en virtud de un arreglo cuyos términos se ignoran y el buque ha salido para los Estados-Unidos. ¿A dónde va? ¿Al Norte ó al Sur? Si se hacen con él los del Sur, será difícil que la escuadra del Norte pueda

bloquear sus costas. Si por el contrario es el Norte quien le compra, de poco servirán las patentes de corso.

La situacion triste en que se encuentran los negocios en los Estados-Unidos, ha producido allí grandes quiebras, de las cuales se ha resentido no poco el comercio de la isla de Cuba. El gobierno español, en vista de estas dificultades ha ofrecido auxiliar con 2.000.000 de duros al comercio de la Habana, y el viernes último debió salir de Cádiz con medio millon el vapor *San Antonio*. Algun periódico de aquella capital propone que se auxilie al Banco Español habanero con un empréstito de 6.000.000 de duros y nos parece que esta medida volveria la tranquilidad á los ánimos y la facilidad á las transacciones mercantiles, evitando nuevas suspensiones de pagos.

De Méjico confirman las noticias dadas últimamente acerca de la disposicion en que se encuentra el gobierno de Juarez para restablecer las relaciones con España. Verificadas las elecciones, ha salido electo presidente el mismo Juarez en competencia con el señor Lerdo de Tejada. Damos los retratos de ambos en este número.

Don Benito Juarez fue durante la última guerra el presidente que sostuvo por tres años en Veracruz contra Zuloaga y Miramon la causa que hoy se mira triunfante, y es la del partido radical. Don Miguel Lerdo de Tejada era su ministro hasta la victoria final y fue candidato, como hemos dicho á la presidencia, que tal vez hubiera alcanzado si la muerte no hubiese venido á poner término prematuro á su carrera política. Lerdo estaba bien reputado en el país como hombre recto y entendido: de Juarez se habla con variedad y muchos le atribuyen debilidad de carácter. ¡Quiera el cielo que acierte á dar paz y tranquilidad á su patria!

El último correo nos ha traído pormenores del desembarco de nuestras tropas en Santo Domingo. Han sido acogidas con entusiasmo en todas partes. Dicen que el presidente don Pedro Santana se presentó de gorro negro y uniforme: lo cual ha chocado á algunos; pero no se recuerda que el gorro negro de seda es prenda muy usada antiguamente entre los hombres de cierta edad que estaban sujetos á resfriados; y que Santo Domingo ha conservado tal vez con mas fidelidad que nosotros ciertas costumbres de nuestros mayores. Nadie sabe el respeto que infunde un gorro negro bien colocado sobre una frente espresiva. ¡Y qué diferencia tan enorme entre el gorro negro, cubierta respetable de las cabezas meridionales y el gorro blanco, el *bonnet de*

de guerra que le debía servir de escolta desde aquel instante hasta terminar su viaje, y la cual con el objeto de poderse reunir y estar pronta en pocos momentos, había sido alojada en corto número de casas y estas muy próximas. Tales precauciones surtieron su natural efecto; el príncipe desde aquel punto nada tenía ya que temer y entre aquel escaso, pero decidido pelotón de soldados, podía desafiar la cólera de sus enemigos y contemplar como desbaratados todos sus planes y proyectos.

A pesar de esta seguridad, no quiso tomar reposo, ni entregarse al sueño, y en vez de acostarse se puso á escribir á su hermano el arzobispo de Zaragoza, y otras personas que creía interesadas en su suerte y de consiguientemente cuidadas del éxito de su viaje. Terminada esta tarea, no solo se negó á descansar, sino á detenerse un instante mas del necesario para tomar algunas medidas preventivas y antes del amanecer ya se había puesto en marcha para Gumiel del Mercado á cuyo punto llegó en aquel mismo día. Y no sin motivo se dirigió á este pueblo. «Gumiel, dice Clemencin, era lugar del conde de Castro, cuya mujer doña Juana Manrique, tan afecta como toda su familia al partido de doña Isabel, lo recibió con las mayores fiestas y agasajos.» Tan buena acogida inspiró al príncipe la mayor confianza, que le decidió á hacer lo que hasta entonces no había osado desde que salió de Zaragoza.» Determinó descansar allí todo el día 8 y pasar el siguiente á Dueñas con toda su comitiva á la que ya se había incorporado desde Berlanga Gomez Manrique y numeroso cortejo de caballeros castellanos. En este punto ya podía el príncipe creerse seguro del logro de sus deseos por su proximidad á Valladolid y saber ya Isabel su venida, pues desde la noche anterior en que llegó á Gumiel había enviado á Palencia y á Cárdenas á la corte para noticiar su llegada á la princesa. «Después de cenar, y á la escasa luz de la luna tomaron aquel camino para anticiparse á los demás y ganar las albricias de la feliz venida del príncipe.»

Grande fue el regocijo que produjo la llegada de estos mensajeros y la nueva de que eran portadores. Para comprenderle en toda su estension es necesario suponerse en la situación de aquella señora, victima de toda clase de sufrimientos, pasando por las mayores complicaciones como heredera de un trono y como amante. Divulgada esta noticia entre los cortesanos, improvisaron para celebrarla en el acto una fiesta á la usanza de la época, que consistió en jugar cañas todos los caballeros que formaban la corte. Señalóse este espectáculo con un funesto suceso, que en otra época se hubiera mirado como un triste agüero; mas entonces era tal la costumbre que había de ver ensangrentados los mayores regocijos, y tan frecuente en las lides caballerescas que perdiera su vida alguno de los campeones, que no se hizo ninguna predicción, y se miró como cosa indiferente que «en ellos cayó del caballo Tróilos Carrillo, quedando herido gravemente en la cabeza; pero el júbilo comun, añade el historiador, cubrió este incidente particular, y su mismo padre trató de disimular el sentimiento que le causaba.»

El príncipe continuaba en tanto su marcha, y el 9 de Gumiel vino á Dueñas, á donde se le presentaron considerable número de caballeros y personajes de la primera elevación con objeto de saludarle, conocerle y darle el parabien por su venida, ofreciéndole sus servicios y personas. Todos ellos quedaron muy satisfechos de la franqueza y amabilidad con que fueron recibidos por don Fernando, que en aquellos instantes de alegría no perdonó recurso alguno por hacerlos participar de la satisfacción que él mismo sentía.

No todo eran regocijos en aquellos dias, pues en Valladolid había diferentes emisarios de la reina doña Juana, del maestre de Santiago y del conde de Plasencia, que conociendo lo desesperado de su situación y conservando aun algunos recursos, no querían dejar de usarlos. Como postreros sus esfuerzos fueron entonces los mas grandes, y con ellos creían seguro el rompimiento de las relaciones entre los príncipes. Pero con harta pesar suyo, poco ó nada consiguieron, y algo mas estuvieron próximos á hacer por su desmedida oficiosidad los partidarios mismos de la princesa. Pretendían, según espresion de Clemencin «algunos aduladores palaciegos que la princesa por lo elevado de su clase y la dignidad de la Casa Real de Castilla, exigiese del novio demostraciones de inferioridad, porfiando que don Fernando había de besar la mano á doña Isabel, como si por rey de Sicilia por heredero del cetro real de Aragon, y en fin, por su sexo pudiera conocer ventaja en su esposa.» Esta nube compacta de adoraciones de que se rodeaba á la princesa, hubiera quizá perdido á otra señora; pero «su cordura y los prudentes consejos del arzobispo de Toledo, inutilizaron las trazas y precavieron todos los inconvenientes.»

JOSÉ S. BIEDMA.

LA VILLA DE CARDONA.

Está situada Cardona en lo mas fragoso de la antigua Lacetania, sobre las dos vertientes de una loma termi-

nada al Oriente por una altura que coronan los altos muros de una fortaleza y bañada á Norte y Mediodia por las aguas del Cardener que bajan á confundirse con las del Llobregat á corta distancia de la ciudad de Manresa. Hácenla en extremo pintoresca las viejas y almenadas murallas que la cercan, los amenos valles que se estienden á sus piés sobre las márgenes del rio, los verdes y empinados cerros que limitan su horizonte, su misma posición y lo accidentado de su terreno.

Tiene Cardona importancia histórica; pero no debe á sus recuerdos la celebridad de que goza. La debe á la naturaleza y tambien al arte. Junto á la misma loma que la sirve de asiento alzáse unas montañas de sal gema que cuando recios aguaceros han sacudido la costra de polvo que ordinariamente las cubre, aparecen erizadas de agujas y brillan como esos ricos tabernáculos góticos que todavía se encuentran en algunas de nuestras catedrales. Son principalmente esas montañas las que han hecho famosa en toda Europa la villa de Cardona.

Están constituidas las salinas por masas enormes que parecen de cristal en su base y de filigrana en su escarpada cúspide. Son las agujas de diversos colores y difícilmente puede darse espectáculo mas bello que el que presentan cuando bajo la azulada bóveda de un cielo limpio y sereno las hieren los dorados rayos del sol naciente. Es bello el exterior de esas montañas y bello su interior abierto por profundas cuevas blancas como la nieve llenas de estalagmitas y estalactitas de que van desprendiéndose sin cesar en medio del mas solemne silencio cristalinas gotas de agua. Báñalas el Cardener al Mediodia y recoge el tributo de un pequeño arroyo que se forma en las mismas salinas.

Es incomparable la belleza de esos montes. Hay cubos de sal tan transparentes como el cristal mas puro. En su fondo aparecen frecuentemente mil estraños caprichos en que la imaginación ve con facilidad hermosas marinas y espléndidos paisajes. Los cubos de color son todos monocromos: se los parte sin embargo en mil pedazos y el color es el mismo, se los reduce á polvo y la sal es tan blanca como la de las estalactitas de las cuevas. Fenómeno que revela cuán cierto es que el color de los cuerpos depende de la combinación de sus moléculas!

Es comparable la hermosura de esos montes solo con su riqueza. Desde remotos siglos lleva el hombre su osada y codiciosa mano á las entrañas de las salinas: las va desmoronando, barrenando, haciéndolas saltar por la pólvora con grandes estallidos, arrancándoles todos los años centenares de quintales de piedra: apenas si se conoce el trabajo de tantos siglos. Los montes están al parecer intactos: la huella del pico y el azadon solo se descubre en el pequeño valle formado entre las mismas montañas, la del castillo y las aguas del rio. Está la gran masa de sal pura en esos montes pero hay sal gema en leguas á la redonda.

No es la villa de Cardona tan digna de celebridad por sus monumentos como por sus salinas; pero algo contiene tambien digno de la atención del artista. Dentro de la triple faja de murallas y la corona de baluartes de su vieja fortaleza, junto á una sombría torre y á los restos del que en otro tiempo fue palacio de los duques de su nombre, descuellan los altos y severos paredones de una antigua colegiata de tres naves hoy dividida en dos pisos y destinada al alojamiento de las tropas del castillo. Es esta colegiata una de las mas interesantes páginas del arte. Pertenece al estilo romano puro, á ese estilo grave é imponente tan distante del greco-romano como del romano-bizantino. Las bóvedas están sostenidas por anchas plenas-cimbras. Las plenas-cimbras descansan directamente sobre el abaco de los pilares; la base de los pilares en el pavimento. Nada hay allí supérfluo. Ni una sola hoja en los capiteles, ni una sola moldura, ni una sola línea de mas en ninguno de los miembros arquitectónicos. La recta y la semicircular constituyen todo el juego de sus líneas.

Su planta es una verdadera cruz latina, su presbiterio continuación de su nave mayor, su nave mayor muy ancha y sus laterales muy estrechas. Conserva todo el aire de una primitiva basílica. Tiene debajo de su presbiterio una capilla subterránea, su *confessio*, distribuida tambien en tres naves y sostenida por plenas cimbras apoyadas en diez toscas columnas. Es la *confessio*, por decirlo así, la reproducción de la iglesia: todo es completamente homogéneo é igualmente severo, todo revela que el arte estuvo en todo subordinado al pensamiento del sacerdote.

Solo algunos sepulcros alrededor del presbiterio interrumpen la unidad del conjunto. Son barrocos y no guardan sus líneas relacion alguna con las grandes y tranquilas del monumento. ¡Lástima que no sean como los coetáneos de la colegiata sencillas urnas sobre cuya tapa descansa la estatua del sepultado, cubierta de su celada y de su cota de malla y puestas las manos sobre la cruz de la espada! Hombres de armas son los que yacen en los sepulcros, pero de la época moderna. Son duques de Cardona y distan sus urnas de ser parecidas siquiera á la que tiene en Bellpuig uno de los mas esclarecidos miembros de la familia, el que fue en el siglo XVI virey de Nápoles y asistió á la toma de Mazalquivir y dejó tan bien sentada su fama en las playas de Africa.

Fuera de estos sepulcros no se conserva, sin embargo, ningun accesorio de la basílica. Despues de haber vivido dentro de unos mismos muros durante siglos la religion y las armas, los dos elementos de gobierno de las antiguas sociedades, no en nuestro siglo sino en el pasado invadieron las armas la casa de Dios y le arrojaron del templo en Cardona como en Lérida tomando por pretexto las necesidades de la guerra. Estaba ya muerto el feudalismo, y esas iglesias levantadas á su sombra, era fatal que sufriesen la suerte de sus fundadores y no pudiesen vivir dentro del mismo recinto que el poder militar, siempre invasor y siempre dispuesto á hacer sentir á los demás poderes el peso de su tiranía. Desaparecieron así no solo todos los accesorios de la colegiata: quedaron la colegiata y la antigua catedral de Lérida, una de las mas grandiosas creaciones de la arquitectura romano-bizantina, desfiguradas y mutiladas. No es con todo poco que existan aun los dos monumentos.

Esta basílica y las salinas son aquí los dos mejores espectáculos de Cardona. Despues de vistas, apenas si puede el viajero detener sus miradas en la iglesia parroquial, una de las obras mas vulgares del siglo XIV. Puede ya tan solo detenerlas con algun placer en un puente de dos arcos levantado sobre el Cardener al lado opuesto al de las salinas y una piedra enorme sentada casi á la orilla de un camino que conduce á Solsona. La piedra tiene todas las apariencias de uno de esos *menhires* erigidos por los celtas para señalar la tumba de sus caudillos ó para recuerdo de sus grandes batallas, ó para lindero de los lugares ganados por su espada. El puente, que forma un ángulo obtuso, es notable por las dimensiones de sus arcos de distinto diámetro y altura. El menor es de cuarenta y nueve piés sobre sesenta; el mayor de sesenta sobre noventa y siete; los dos de quince de profundidad. Está ya destruido su andén y yerbas parásitas van agrietando sus recios muros. Presenta cierta poesía y contribuye á dársela el nombre de Puente del Diablo con que se le designa.

Escribo este artículo por el recuerdo de impresiones que recibí hace cerca de veinte años; mas no temo incurrir en errores substanciales. Fueron estas impresiones demasiado vivas para que se borren de mi memoria. No se borrarán de seguro de la del que haya visto siquiera al paso sus montes de sal, su campiña y su vieja colegiata.

F. PI Y MARGALL.

URNA DE SANTA EULALIA EN OVIEDO.

Profésase en Asturias y desde antiguo gran cariño y devoción á Santa Eulalia de Mérida, tanto que bajo su advocación se fundaron varias capillas con que los asturianos manifestaron el respeto y veneración que tenían á esta santa, cuyos verdaderos restos creen poseerlos Oviedo, Mérida y Elna en el Rosellon. Sin embargo, la tradición favorece en mucha parte á la primera de dichas ciudades, y aun la preciosa urna en que se cree que están encerrados y de la cual vamos á tratar, parece corroborar la opinion de que en la catedral de Oviedo se guardan los santos restos de la que fue por sus virtudes hija querida del Señor, y levantada al rango de sus bienaventuradas.

Es la urna de que hablamos notable, no solo por su valor artístico, sino porque tal vez sea un dato mas para saber hasta qué punto los artistas cristianos tomaban su inspiración é imitaban del arte y la inspiración de sus enemigos los árabes. Nótese desde luego en su construcción dos estilos: el bizantino que acusa la época de su construcción, y el árabe que da motivo á creer que fue posteriormente adicionada por artistas mudéjares, pues se sabe que estos trabajaban para los reyes y artistas cristianos.

Lo cierto es que ya sea de origen árabe, como sospechan algunos, ya debida á artistas cristianos, presenta esta urna un ejemplar curioso de una obra de arte de un estilo no muy conocido todavía y perteneciente á un periodo artístico, no solo poco estudiado, sino tambien harto difícil.

Esta urna, que tiene de alto veinte y seis centímetros y cuarenta de largo, está cubierta con una hoja de plata bastante fuerte, á la cual el tiempo no ha podido robar por completo el dorado de que estuvo cubierta, pues que además de conservar su perfecto dorado las líneas exteriores que forman las tres figuras, conserva todavía su tinte amarillento, que presta á esta alhaja un aspecto mas de antigüedad.

Los adornos se hallan repetidos; la cruz encerrada en su nimbo, y los grupos de figuras, en la misma actitud, se ven en sus cuatro frentes. Los grupos de figuras están pésimamente dibujados á perfil, pero perfil compuesto de tres líneas, la primera de un mediano grueso, la segunda mas gruesa y la tercera mas delgada que la primera. Representan dichas figuras, vestidas al estilo oriental, un personaje que no se puede decir si se halla sentado ó de rodillas, y dos mas que le rodean y se inclinan ante él, como ante un superior. Las demás labores son tambien uniformes y del género de los tapices orientales usados en las iglesias durante la época latina.

Reemplaza al ángulo en los cuatro costados de la tapa un chaflan, en el cual se ve una inscripcion árabe escrita en caracteres cúficos, inscripcion que se ha traducido ya de este modo: «Bendicion completa, abundancia de bienes y comodidades y seguridad perfecta, celsitud siempre en aumento, paz duradera, juntamente con gloria é imperio perpétuo (acompañen al dueño de este edificio).»

De alto relieve y hechos con gran delicadeza, si bien de gusto mas moderno, son los dibujos que adornan la abrazadera que baja desde la tapa, dibujos que contrastan de una manera notable con lo imperfecto del delineado de la caja. Lo mismo puede decirse de otras dos abrazaderas, que empezando en la tapa terminan al final casi de la parte posterior, pudiendo creerse obra de una

misma mano. No sucede otro tanto con los toscos candados de hierro sujetos con anillas de plata, que no son del mejor gusto, y pertenecen, segun creen algunos, al siglo XVII lo mismo que las asas para levantarla.

Tal es la urna de Santa Eulalia. La mayor importancia de esta alhaja está en pertenecer á una época poco estudiada y poder servir algun dia como un dato mas para ilustrar un período del arte bastante desconocido. ¿Fue labrada por los árabes? ¿lo fue por artistas cristianos que imitasen á los primeros? ¿es obra tal vez de los artistas mudejares? Esto es lo que se necesita averiguar. Hasta ahora nadie se ha atrevido á decidir la cuestion.

LA HIJA DE CERVANTES.

LOA PARA LA FUNCION REPRESENTADA EN EL TEATRO PRÍNCIPE EL DIA 23 DE ABRIL DE 1861,

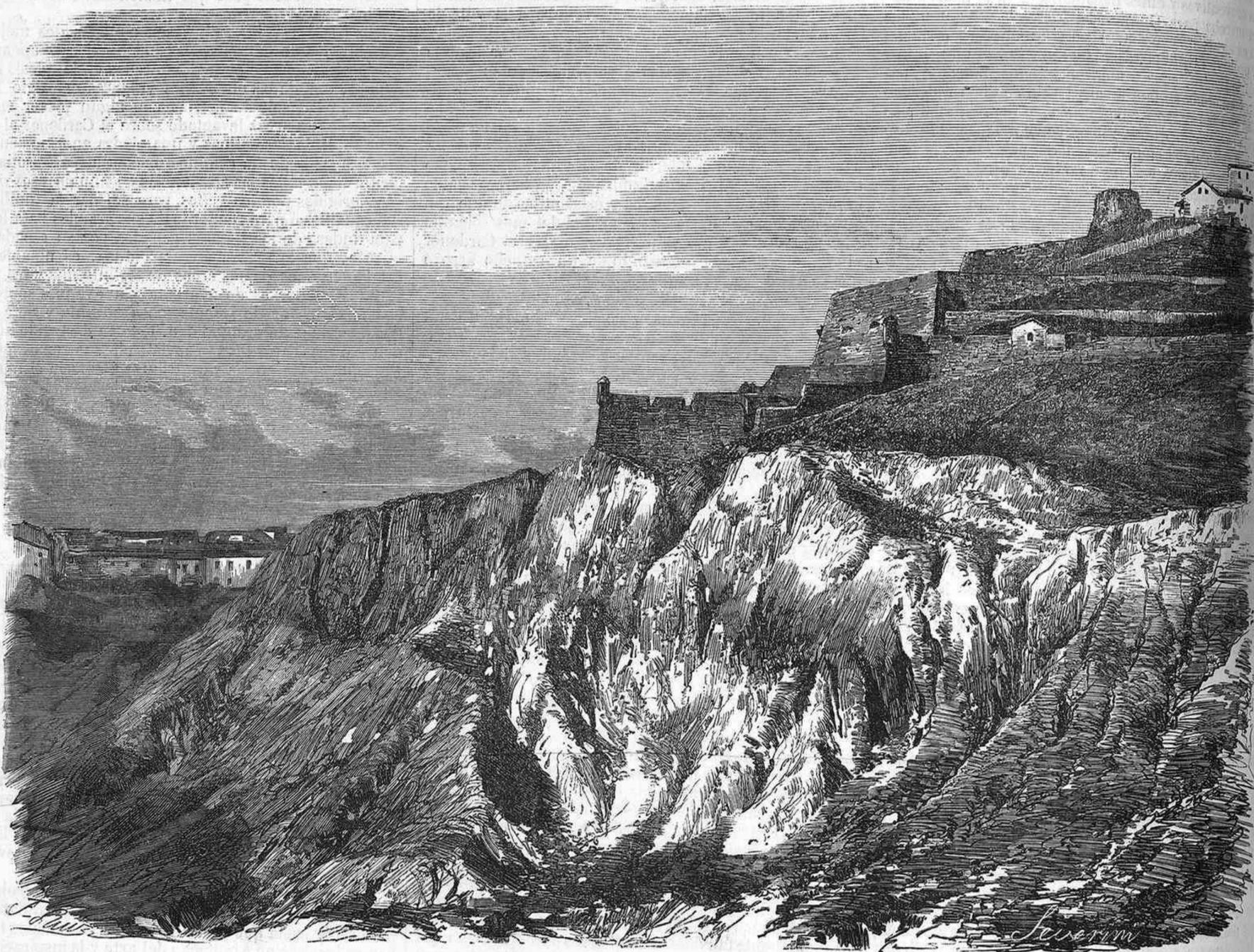
POR

DON JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

ESCENA VII.

ALFONSO.

La he visto, la he defendido, y aún puedo servirle. No cabe mayor felicidad para mí.



EL CASTILLO DE CARDONA Y MONTAÑAS DE SAL. (FOTOGRAFÍA DE CLIFFORT.)

ESCENA VIII.

DON BLAS.—ALFONSO.

BLAS. Aquí está en efecto.—Amigo Alfonso, me alegro de tropezar con vos como si me hallara dos mil ducados.

ALF. ¿En qué puedo serviros?

BLAS. Esta noche, en la boda del conde, se ha hablado de Cervantes con motivo de su fallecimiento, y se ha suscitado el natural deseo de saber si (como se sospecha) retrató á personas determinadas en don Quijote y en su escudero.

ALF. ¡Oiga!

BLAS. Sí. Yo salí del sarao con don García pensando en esto, y en que tal vez podríais vos decirme algo sobre el particular; me aparté de don García para buscaros, y no os hallé; y ahora he vuelto á encontrarme con él, y me ha dicho que os hallábais aquí.

ALF. Y ¿qué?

BLAS. Mirad: yo soy amigo de saber estas cosas, que por otra parte no llevan consigo ningun particular interés. ¿Pudierais vos decirme quién es don Quijote?

ALF. Sí, señor.

BLAS. Repito que no tengo ningun interés, todo es una simple curiosidad... con prisa.

ALF. Pues como decian que el señor Miguel habia tratado de pintar en don Quijote al emperador

BLAS. Carlos V, yo se lo pregunté una vez, y me dijo que era una suposicion calumniosa.

ALF. Eso dijo, ¿eh?

BLAS. Me aseguró que el tal don Quijote no era una persona sola, sino muchísimas; y ya veis que los Carlos quintos no se cuentan por centenares.

ALF. Eso es verdad.

BLAS. Sin embargo, no me satisfizo la respuesta gran cosa.

ALF. Ni á mí tampoco.

BLAS. Por eso le rogué que, siendo (segun afirmaba él) varios los don Quijotes, me hiciera la merced de indicarme uno.

ALF. Discretamente dicho. Y ¿qué? ¿Os le nombró?

BLAS. Sin nombrarle, tales señas me dió, que al momento le conocí.

ALF. Y ¿quién era? ¿El rey don Sebastian?

BLAS. No por ciento.

ALF. ¿Don Juan de Austria?

BLAS. Ni Juan que se le pareciese.

ALF. ¿El duque de Lerma?

BLAS. Ni duque ni conde, ni general ni alférez, ni sargento siquiera. Don Quijote de la Mancha era yo.

ALF. ¿Vos!

BLAS. Yo mismo. Yo, en primer lugar, soy manchego: del Quintanar, para serviros. Yo, de mozo, me hice soldado, con ánimo de ser general por lo pronto, y rey luego, y emperador y arreglador

de tres partes del mundo siquiera; y no sé nunca de mochilero. En cada batalla creia que iba á ganar diez y siete banderas y un carro de oro; y no sacaba al fin sino porrazos y heridas. Me enamoré de una hermosa doncella, y nunca le dije que la queria; me llamo Alfonso, y ordinariamente me dicen Alonso, con el apodo de Cojite, porque de muchacho me cogian los dos á la carrera. Alonso se llamaba don Quijote cuando tenia juicio, y de Cojite se ha formado Quijote.

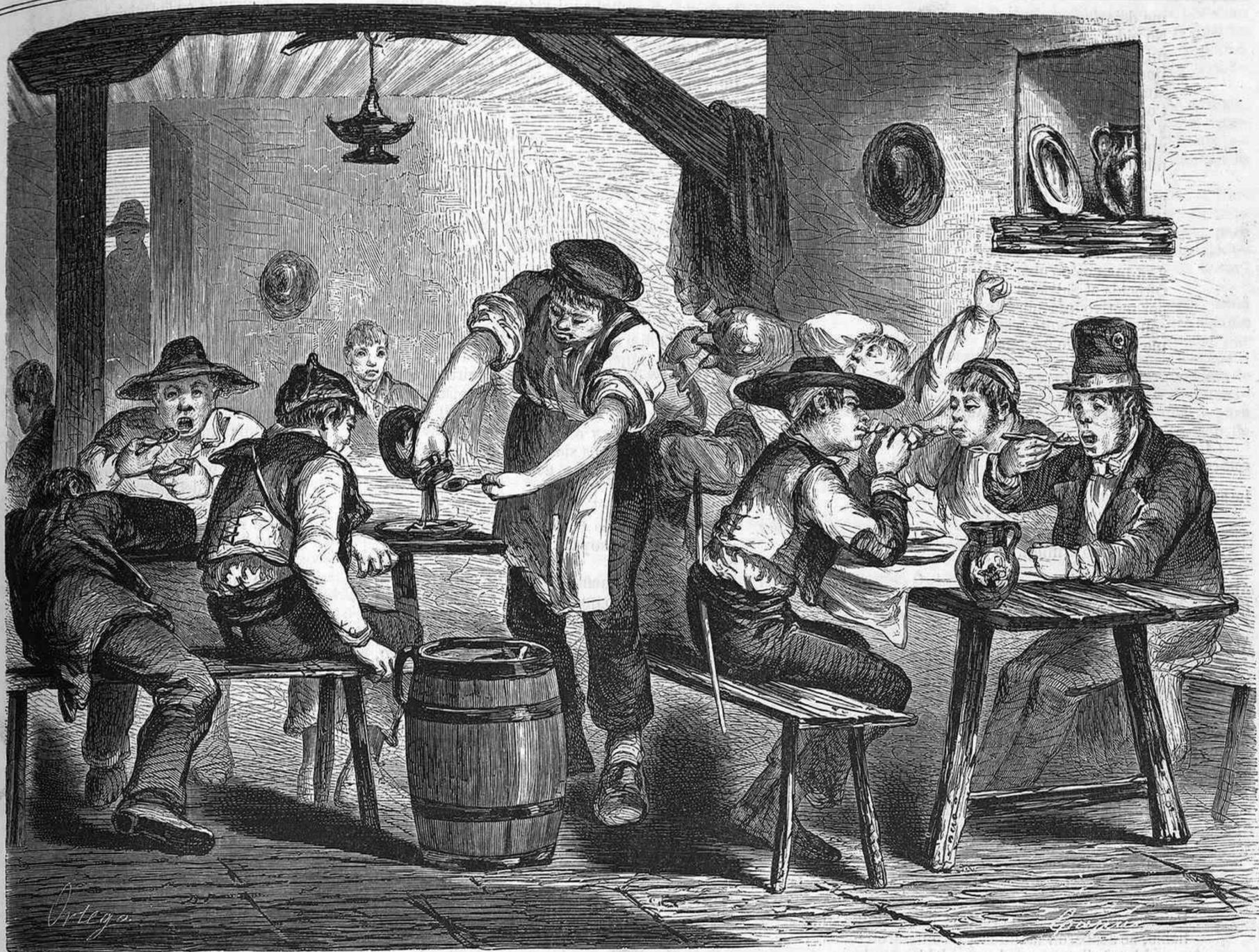
BLAS. No es posible dudarle: don Quijote sois vos.

ALF. ¿Sancho Panza? Ese es el padre Aliaga, de Sancho Panza. Sancho Panza, segun me dijo el señor Miguel, es un pobre diablo, interesado, tonto, malicioso y crédulo, que se traga ruedas de molino cuando se le pone su interés por delante, y duda hasta del Evangelio en todo lo demás. Es un sujeto con dos apellidos, los cuales forman el nombre de Sancho Zancas, nombre que dió Cervantes al escudero de don Quijote sólo una vez, á fin de que pasara desconocido.

BLAS. ¿Sancho Zancas, decís! Aguardad un poco. Yo tengo los dos apellidos de Chozas y Cansán.

ALF. A ver, á ver... Cho... zas... Can... san... ¡Dios tre! El fin del uno y el principio del otro apellido vuestro, forman exactamente el nombre de Sancho.

BLAS.
ALF.
BLAS.
ALF.
BLAS.
ALF.
BLAS.
ALF.
BLAS.
ALF.
BLAS.
ALF.



UN BODEGON DE MADRID Á LAS DOCE DEL DIA.—¡Á DOCE CUARTOS EL CUBIERTO..!

BLAS. Y con las letras de *zas* y de *can*, mudando de lugar la *c* con la *z*, resulta *Zancas*.
 ALF. ¡Don Blas de mi vida! Sancho Panza sois vos.
 BLAS. Y ¡vos don Quijote!
 ALF. Sois mi escudero.
 BLAS. ¡Maldito lo que me agrada el descubrimiento!
 ALF. No se lo digais á nadie, y no se sabrá: yo prometo callarlo, y don Quijote es hombre de su palabra.
 BLAS. Mal me 'sabria divulgarlo; pero no dejaria de convenirme que se supiera.
 ALF. Ese es verdadero rasgo de Sancho Panza, que se avino á darse tres mil azotes, á real el par.
 BLAS. Queda mi curiosidad satisfecha; y aunque algo me escuece, no me pesa del todo. Que Dios os guarde, mi señor don Quijote.
 ALF. Vaya mi Sancho Panza con Dios. *(Vase á la calle don Blas. De una ventana del convento cae un papel á los piés de Alfonso.)*
 BLAS. *(Aparte en la calle.)* Sancho Panza se va derecho á pedir sus dos mil ducados. *(Vase.)*

ESCENA IX.

ALFONSO.

¿Qué papel es este?—*(Lo coge y lo desdobra.)* Y dentro tiene otro. *(Llégase á la luz de una imágen, y lee.)* «Isabel de Saavedra.» ¿Por qué me le habrá echado por la ventana! *(Lee.)* «Debo mi dote, que son mil ducados: lleva esa declaracion y pide limosna por mí al señor arzobispo, á los que han impreso las obras de mi padre, á cuantos puedan favorecerme.»—¡Mil ducados! Mucho dinero es para juntarlo de caridad. ¡Otra vez don García!

ESCENA X.

DON GARCIA.—ALFONSO.

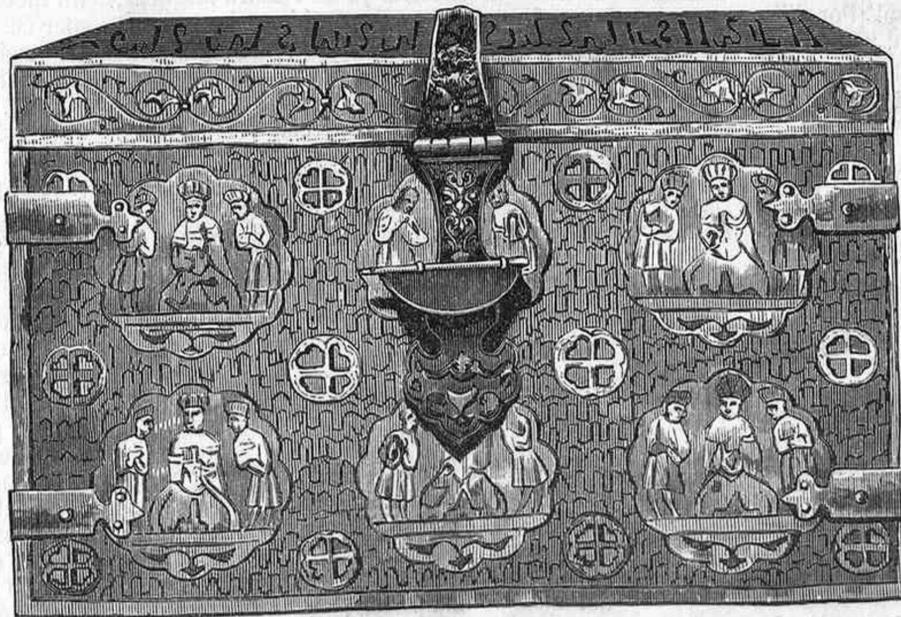
GARCIA. Alfonso, oye.
 ALF. Señor don García, os han mandado salir de aquí.
 GARCIA. Con razon: y por eso vuelvo. No recordes lo que ha pasado, y escucha. Doña Isabel de Saavedra necesita mil ducados, me los ha pedido y los he negado.
 ALF. ¡Señor! ¿es posible!
 GARCIA. Procedí mal; pero ya lo hice, y ya Isabel no debe recibir esa suma de mí.
 ALF. No: de quien ofende, nada se admite.
 GARCIA. Tú puedes ofrecérselos.
 ALF. Vuestros, ni áun yo los quiero.

GARCIA. No los recibirás de mí. El Rey está ahí, junto á San Andrés, en la boda del conde de Santa Catalina: el Rey ofrece dos mil ducados á quien le declare quiénes son los originales de don Quijote y de Sancho Panza.
 ALF. ¡Ah! ¡yo lo sé por fortuna!
 GARCIA. Ven conmigo, para que se lo digas al Rey en persona: yo te facilitaré que le hables.
 ALF. ¡Ahora sí que sois caballero! *(Vanse.)*

ESCENA XI.

DOÑA ISABEL.

Se me ha olvidado cerrar. *(Cierra.)*
 Padres, que Isabel adora!
 mal os cuido, guardadora
 de este fúnebre lugar.
 Yo no me quiero apartar
 del escogido redil;
 yo en mi pecho juvenil
 ahogué memorias de un hombre;
 yo he perdido hasta mi nombre;
 yo no he de adquirirle vil.
 Dijo mi padre una vez
 (y en boca del vulgo vaga)
 que hay lluvia de oro que apaga
 la lumbre de la honradez.
 Oro ansio con avidez;
 pero es por triunfar de mí.
 Tiré el papel; no salí,
 aunque ántes hablé á García:
 ¿por qué Alfonso en este dia,
 por qué se aparece aquí?
 Más vergüenza que piedad
 producen aquí mis penas;
 ya sé lo que son cadenas,
 y áun no sé qué es libertad.
 «Soltad (me han dicho), soltad
 vestidura impropia en vos;»
 y pusieronme entre dos
 esta mundana librea:
 de la traicion de una hebrea
 ¿qué culpa tengo ante Dios?
 Entre dos tumbas la muerte



Pizarró

URNA DE SANTA EULALIA EN OVIEDO.

me deja desamparada.
No pidas, Alfonso, nada:
mi suerte será tu suerte.
Dos veces no he de perderte.
Murmuren: lo ignoraré.
Con el agua de la fe,
y en asilo retirado,
mujer seré de un soldado:
mi madre ni áun eso fué.
¡Madre!— ¡Perdon, si has oído
mis acentos delirantes!
Hija tuya y de Cervantes,
mantendré bien mi apellido.
Ya fué mi amor conocido,
y ya me costó rubor.
Ofrecida al Salvador
por motivo que subsiste,
con este mi llanto triste
me despidió de mi amor.

ESCENA XII.

ALFONSO.—DOÑA ISABEL.

(Alfonso cruza la calle y llama á la puerta del cementerio.)

ISABEL. Lllaman. (Aparte.) García será,
más tenaz en su porfía.
¿Qué temo yo de García?
No temo á ninguno ya.)
¿Quién es?

ALF. Soy Alfonso.

ISABEL. (Aparte.) ¡Ah!

¿Por qué no callé y huí?

ALF. Doña Isabel, ya os serví.

ABRID.

ISABEL. (Aparte.) Abro sin recelo.

Me ven mis padres, y el cielo
que me quiere para sí.

(Abre la puerta doña Isabel, y entra Alfonso en el cementerio.)

ALF. ¡Señora! Ya traigo en este bolsillo los mil ducados.

ISABEL. ¿Es posible! ¿Á quién se los debo?

ALF. Al Rey, que estaba en el sarao por la boda del conde de Santa Catalina. Me dijeron que deseaba saber quién era el original del Quijote; fuí á ver á S. M., y cuando llegué, ya otro me había precedido, que sostenía ser él Sancho Panza. No le prestaban crédito; pero así que yo hablé, se acabaron las dudas, y confesaron todos que si los Quijotes eran dos, yo debía ser el uno. Dieron mil ducados á mi precursor, otros mil á mí, y loco de contento os los pongo en la mano.

ISABEL. ¡Gracias, mi Dios! (Recibe el bolsillo y va á colocarlo encima del cepillo para las limosnas. Desde allí dice aparte): Ya no le veré más: anunciémosle nuestra separacion para siempre. (Á Alfonso). Gracias al Rey y á tí, recobraré pronto mi hábito, y podré dejar el vestido que llevo.

ALF. ¿Por qué llevais ese, que no es de monja?

ISABEL. Porque, habiendo sido ya religiosa profesada, he dejado de serlo.

ALF. ¿Cómo ha podido suceder!

ISABEL. Fueron nulos mis votos.

ALF. ¿Nulos, decís? ¿Por qué?

ISABEL. Cuando los haya repetido, sabrás el por qué.

ALF. ¡Repetirlos! Pero decidme... ¿pudiérais aún?...

ISABEL. Si quisierais, ¿pudiérais casaros?

ISABEL. Sí, si no hubiese habido una cárcel en Valladolid. Tú me proporcionas el dote que necesitaba para separarme del mundo por segunda y última vez.

ALF. ¿Con que soy yo quien os facilita eso! ¡Por diligencias mías os apartais del mundo! ¡Quién estuviera tan apartado ya de él como vuestro padre!

ISABEL. ¿No te alegras del bien que me haces?

ALF. ¿Os alegraríais vos de mi muerte?

ISABEL. ¡Alfonso, tú lloras... y eres hombre... y fuiste soldado! Ten mi valor, ten siquiera el ánimo de una débil mujer.

ALF. Poco valor necesitábais para dejar el mundo, cuando, fuera de vuestros padres, nada amábais en él.

ISABEL. ¿Crees tú, que la que tiene sangre de Cervantes ha pasado su primera juventud sin amor?

ALF. ¿Cuál ha sido el vuestro?

ISABEL. Uno que yo misma no conocí cuando hubiera podido ser disculpable; uno que no era disculpable ya cuando le conocí, cuando presa con mi familia, hice voto de vivir en clausura.

ALF. Y ése á quien amásteis, ¿no supo nunca lo dichoso que era?

ISABEL. Él no; pero otro hombre penetró mi secreto.

ALF. ¿Quién?

ISABEL. Un enemigo de mi padre: Alonso Fernandez de Avellaneda.

ALF. ¡El continuador, el usurpador del Quijote!

ISABEL. Ese me hizo avergonzar de mi amor y de mi

tardanza en cumplir mi voto; por ése mi madre y yo nos refugiamos en el claustro; ése escribió, para terror y escarmiento mio, la novela del *Desesperado*. Para mí, como en profecía, se imprimieron aquellas pavorosas palabras en ella: «Tomado el religioso hábito, ninguno le dejó que tuviese buen fin.» Si de aquí huiera yo, con esas palabras me afrentaría el mundo; con otras más duras me perseguiría mi propia conciencia. Tú fuiste cautivo: si por salir de cautividad hubieras hecho un voto, ¿no le cumplirías?

ALF. Un juramento hice al salir de Argel, y no le quebrantaría por cuanto hay: sí, señora.

ISABEL. ¿Cuál fué?

ALF. Yo era esclavo de una mora opulenta y viuda, la cual me propuso que renegara, y sería mi esposa: no escuché la proposicion.—«Vuelve á tu tierra (me dijo un dia): no sentiré que ames á cualquiera mujer de tu ley; pero si te inclinas á una que no fuese cristiana, ¡mira que será maldita de mí! Prométeme que te apartarás de ella en cuanto lo sepas. ¡Júralo por tu Dios, y eres libre!» Juré, y me dió libertad; vine á España y amé; pero ha sido á vos.

ISABEL. ¡Alfonso! la maldicion de la mora vaga sobre mi cabeza.

ALF. ¿Qué queréis decir!

ISABEL. Que yo no soy de tu ley aún. Lo seré pronto; pero ¡todavía no soy cristiana!

ALF. ¡Santo Dios!

ISABEL. No faltes al juramento que hiciste en Argel; yo no faltaré al voto que hice en la cárcel.

ALF. Pero ¿cómo es eso! ¿Quién tiene la culpa de que seais la única mujer que no debo amar?

ISABEL. Yo no, ni mis padres: un extraño, un enemigo, una mujer que me crió, nuestra suerte infeliz, que no nos quiere uno para otro.

ALF. ¿Me habeis amado vos Isabel?

ISABEL. Sí, y el amor que te tuve se ha renovado al verte: ha revivido para morir. La hija de Cervantes no debió nacer: de Miguel de Cervantes no debe quedar descendencia. Nos apartan obligaciones que tenemos con Dios, miramientos que debemos al mundo. Sacrificarse debe al honor quien nació de una honra sacrificada.

ALF. ¿Con que nada tengo ya que esperar!

ISABEL. Sí, la paz de la virtud.

ALF. No, la paz del sepulcro.

ESCENA XIII.

TRES DAMAS, CABALLEROS Y PAJES QUE LAS ACOMPAÑAN.—DICHOS.

DAM. 1.^a (En la calle.) Han tocado á maitines: todas las madres estarán ya levantadas. (Entra en el cementerio y sigue la cuantas vienen con ella). ¡Ah! ¿Sois Doña Isabel de Saavedra vos?

ISABEL. Sierva vuestra, señora.

DAM. 1.^a Por Don García Manrique sabemos que esta santa casa padece estrechez, y que importaría socorrerla por medio de vos. Al salir de un sarao, venimos á ofrecer os nuestras haciendas, en agradecimiento á la gloria que hemos recibido de vuestro padre. Yo soy la que ha inmortalizado con el nombre de la Gitanilla.

DAM. 2.^a Yo soy Constanza, la de Toledo.

DAM. 3.^a Yo soy Marcela.

ISABEL. ¡Oh! ¡mis bienhechoras, que Dios bendiga! ¿Cómo os podré yo agradecer?...

ESCENA XIV.

DON GARCÍA.—DICHOS.

GARCÍA. Doña Isabel no necesita ya de vuestra largueza, señoras. Un pecador arrepentido se ha presentado á la superiora de este convento, y ha hecho á la comunidad una donacion que excede con mucho á lo que deseaba doña Isabel.

ISABEL. (Aparte á él.) ¡Bien, don García!

ALF. (Aparte.) También éste da y pierde. Me consuelo con él.

DAM. 1.^a Nosotras repetimos nuestras ofertas.

DAM. 2.^a Las repartiremos entre esta casa y vuestra familia, Isabel.

DAM. 1.^a Una condicion imponemos.

ISABEL. ¿Cuál, señora?

DAM. 1.^a Declaradnos quién es verdaderamente don Quijote, y quién Sancho Panza.

ISABEL. Oído, pues, ante la sepultura de Miguel de Cervantes.

En el libro que esta edad áun á comprender no alcanza, don Quijote y Sancho Panza compendian la humanidad.

El primero imagen es del ansia de una pasion; el segundo es la razon vencida del interés.

Loco don Quijote va, léjos de villa y aldea,

pensando en la Dulcinea que no ha visto ni verá:

Se rie de su señor Sancho en su ruda malicia; mas le sigue, por codicia de verse gobernador.

Mil con fin noble se entregan á febriles desvarios; mil tambien, cautos y frios, mirando por sí, se ciegan.

En Sancho sus faltas note cada cual y en el hidalgo: quien no es Sancho Panza en algo tiene algo de don Quijote.

El en su alucinamiento traba con gigantes guerra; y échanle de un golpe á tierra las aspas que agita el viento.

Emprendió sublime accion mi padre en Argel así, y abatió su intento allí el soplo de la traicion.

Por eso pues, al talento juntando experiencia suma, trazó el Quijote, con pluma que le prestó el escarmiento.

Y con designio profundo, Cervantes, en ese loco, de sí mismo puso un poco; lo demás, de todo el mundo.

Aquí el cimientito mirad en que esa fábula estriba: ficcion, en parte, festiva, y en parte, amarga verdad.

Si por las lenguas ingratas de unos cautivos villanos, no dió mi padre á cristianos el reino de los piratas,

Ganó con la mano misma para su patria un laurel, que durará más que Argel en poder de la morisma.

Ya el pobre soldado está libre de enemiga saña: cante á Cervantes España; su hija le llorará.

FIN DE LA LOA.

FIESTAS DE AÑO NUEVO

EN EL CELESTE IMPERIO.

Las fiestas de año nuevo chino duran diez dias. El primer dia se llama Cay-Yat (el dia de las aves). Esta fiesta está destinada para recordar que las aves son uno de los alimentos del hombre: durante él se abstienen de carne, y los rigoristas observan un ayuno severo. La particularidad tan rara como chocante de esta solemnidad es la costumbre que tienen los chinos de ocultar las escobas y quitar las campanillas, como cosas de su agujero.

El dia segundo le denominan Kou-Yat (el dia de los perros). Los chinos veneran de tal modo á los perros que tienen operarios especiales para construirles las jajas ó ataúdes. Creen que uno de sus sabios fue libertado de la muerte por un perro que devoró á su asesino, y por lo tanto, por una singular inconsecuencia, comen los chinos la carne de perro.

El tercer dia se llama Cheu-Yat (dia de los cerdos). Los chinos veneran la memoria de uno de estos animales que salvó, segun ellos, un manuscrito precioso de un incendio: así es que en este dia se abstienen de comer cerdo: en el resto del año forma la base de su alimentacion.

El dia cuarto se denomina Yaong-Yat (el dia de las ovejas). Está consagrado á Pun-Kvon-Venga, pastor que vivió pobre, no comia mas que legumbres y se vestia solo con la corteza de los árboles, pero que enseñó todo el partido que se podia sacar del vellon de las jajas. El templo que le está destinado no recibe en ofrenda mas que frutas, legumbres, dulces y vino.

El quinto dia se llama New-Yat (el dia de las vacas). uno de estos animales alactó á un niño que se habia quedado sin padres, y que habiendo llegado á manhood, le edificó un templo.

El sexto dia se denomina Ma-Yat; es el dia de los gallos. Esta fiesta está instituida para inspirar en el pueblo del la consideracion que se debe á un ave drúpedo tan útil.

Al hombre está consagrado el dia sétimo: se llama Yen-Yat. Pon-tso, que enseñó á los chinos á alimentarse con arroz, trigo y carne, es la divinidad del dia. Le está dedicado un templo. Las ofrendas hechas á estos dios no pueden ser mas que vino, agua y legumbres. Al mismo está dedicado el dia octavo, llamado Ko-Yat (dia de los granos). Pon-tso fue el primero que enseñó á utilizar los granos y confeccionar con ellos un alimento. Pon-tso es tambien la divinidad del dia noveno: el que quiera ser feliz debe apresurarse á llevarle

ofrendas el día de Mo-Yat (día del lino). En una palabra, Pon-tso es el promotor de muchos descubrimientos; sin el ignorarían los chinos el sabor de las habas y de los guisantes porque fue el que primero cultivó las plantas leguminosas; así es que le pertenece el décimo día con el nombre de Jo-Yat (el día de los guisantes y de las habas).

PROVERBIOS EJEMPLARES.

I.

HERIR POR LOS MISMOS FILOS.

Con qué afán, con qué interés, con qué amor arreglaba la señora Teresa, viuda de un barbero, el baul que había de conducir á la corte el equipaje de su Ricardillo! Porque la señora Teresa era madre de Ricardillo, á quien quería como puede querer á sus hijos una buena madre, que es cuanto hay que decir. La señora Teresa tenía puestos sus cinco sentidos en el muchacho, y su cariño le pintaba todo lo perteneciente á él, con los colores mas hermosos. Verdad es que el chico era una alhaja, y que correspondía al amor maternal con su aplicación y ejemplar conducta; cosa no muy común en hijos de viudas, los cuales son, por regla general, antojadizos, traviesos, caprichosos, desobedientes y holgazanes, á tal punto, que no tiene el diablo por donde desearlos. El único defecto de Ricardo era el de ser un poco vanidoso, ó mejor dicho, un muchacho, lo cual hacia desmerecer bastante sus bellas cualidades.

Cuando Ricardillo hablaba, oíale la madre colgada de sus labios, como si tuviera delante de sí al mismo Salomón en esencia y presencia; si Ricardillo salía á la calle, el corazón de la madre saltaba de gozo, pareciéndose imposible que pudiera encontrarse en el mundo un muchacho mas gallardo, ni que mas imperio ejerciese en las almas. ¡Pues consentir en que nadie le pusiese pero, ni tacha? Bonita era ella para eso; capaz hubiera sido de habérselas con el lucero del alba, aunque el lucero del alba tuviese razon hasta dejarlo de sobra. ¡Pobres madres, y qué mal les pagamos lo mucho que nos aman, y lo mucho que por nosotros sufren!

Ricardo, que acababa de cumplir diez y seis años, iba á dejar dentro de breves horas su pueblo, y á partir para la corte, en donde un tío suyo, carpintero, viudo sin hijos, y persona bien acomodada para su clase, quería encargarse de darle carrera, y hacerle de este modo, andando el tiempo, hombre de provecho.

El sacrificio de esta separacion era dolorosísimo para la madre, que ya se figuraba no volver á verle mas en la vida; si bien templaba un tanto su pena la idea de que Ricardo tendría en su hermano, el carpintero, otro padre, que no apartaría de él sus ojos en el peligroso mar de la corte.

Sucedía lo que voy refiriendo allá por los años de 1836 á 1840, esto es, cuando aun no se conocían en España los ferro-carriles y apenas se conocían las diligencias; resultando de la falta de buenos caminos y de medios rápidos de comunicacion, que un viaje á Madrid, por corto que fuese, era cosa para pensada y muy detenidamente consultada, si es que no se añadían el testamento y la confesion previos, por si acaso. Venir á Madrid se consideraba entonces empresa mas árdua que ir ahora á la capital del Celeste Imperio, y aun á la luna. Las madres, esas sublimes avaras del bien de sus hijos, veían, desde su rincón de provincia, una esfinge ó un dragon de formidables garras á la entrada de cada calle, prontos á devorar las prendas de sus entrañas: representábase su imaginacion temerosa, á todos los ladrones cortezanos desnudando á sus hijos, á todas las mujeres públicas tirándoles por el faldón de la levita, y á todos los deleites llamándoles y atrayéndoles al abismo de su perdicion, con voz dulce y engañosa, como otras tantas sirenas. En una palabra, miraban á la corte como centro de todos los vicios y verdadera imagen del infierno.

El que volvía de Madrid á provincias, era examinado de pies á cabeza como procedente de otro mundo, y aun yo creo que muchos les tentaban la ropa, no atreviéndose á dar crédito á sus ojos, para asegurarse de que los tenían delante buenos y sanos. Entonces era el oír, con la boca abierta, los menos afortunados, contar al peregrino las maravillas que había visto en la *Casa de Jeras*, en la *Historia Natural*, en el *Casino de Cristina*, en la *Armería*, en el *Diorama de Recoletos* y en el *Museo Naval*; entonces el contar la altura y magnificencia de los edificios, el lujo imponderable de los habitantes, la gracia de las manolas, lo concurrido y vistoso de los paseos, los espectáculos teatrales, y principalmente la *Pata de Cabra*, con todo lo demás que pueden figurarse mis lectores. ¡Cuánto motivo de temor para los padres, y cuántas seducciones para los hijos!

Con el pretexto de pedir á la señora Teresa una mata de perejil, entró en el cuarto en donde esta preparaba el equipaje, la tía Cavilosa, ó, como quien dice, la cu-

riosidad en persona. Había husmeado el gran acontecimiento del pueblo, el viaje de Ricardillo, pues, aunque chata, su olfato era de perro perdiguero; y sin encomendarse á Dios, ni al diablo, se plantó en casa de la señora Teresa, y la dijo:

—Señá Teresita...

—¿Qué pedís en esa peticion? le interrumpió la señora Teresa, que, por lo visto, la conocía perfectamente.

—¿Me hace usted el favor de una matita de perejil?

—Siento no poder servir á V., tía Cavilosa no me ha quedado ni una hoja.

—¿Cómo ha de ser! ¡pacencia! otra vez será.

Después de una breve pausa, continúa la tía Cavilosa.

—Señá Teresita, dígame usted, y usted perdone; ¿es cierto que Ricardillo va á la corte?

—Sí señora.

—Al momento me lo calé... ¡si tengo yo un corazón mas leal! En cuantis le ví á usted con el cofre y la ropa á vueltas... ¡pues ahí es nada lo que lleva en gracia de Dios! Ni el rey de España es capaz de presentarse con mas aquel que el muchacho.

La señora Teresa, viéndose lisonjeada en lo que mas estima, responde:

—Ya sabe V., tía Cavilosa, que siempre he tenido yo mi fachenda en traer al chico aseadito y bien puesto; que, aunque palurdos—añade con aire de importancia—tambien por acá se nos alcanza alguna cosa en materia de modas.

—¿Qué apostamos á que da golpe en Madrid? No, lo que es en lo tocante á vestir, ya se sabe que nuestro pueblo hace raya.

—Lo que es golpe en Madrid, no soy tan tonta que crea que va á dárlo; pero tampoco harán burla de él, como de otros que van allá de los pueblos de provincia.

Formemos un inventario del equipaje de Ricardillo, y veamos hasta qué punto la señora Teresa tenía razon para enorgullecerse y fomentar su amor propio.

Principiemos por la cabeza. La señora Teresa le había hecho una cachucha rizada, de merino verde, tras de la cual, en verdad sea dicho, se iban los ojos de todos los vecinos de la aldea. Acompañaba á la cachucha un sombrero de copa alta, color de pasa-corinto; cosa de gusto, años antes, en toda la península, y sin mas partidarios en la aldea, que Ricardillo, ó, mejor dicho, su difunto padre, de quien él lo había heredado.

Item. Un corbatin de pana azul turquí, que, puesto como Dios manda, casi le tapaba el pulpejo de la oreja; era lo que podía llamarse un señor corbatin pues la señora Teresa nada tenía de tacaña, y mucho menos tratándose de su hijo.

Item. Dos pañuelos de tafetan negro, para corbatas.

Item. Cuatro camisas de algodón de color, y cinco mudas blancas de lienzo casero, hechas, como todo lo demás, por la señora Teresa.

Item. Un chaleco de pelo de cabra, y dos de percal francés rameado, que le podían servir de chupas, y aun estirando un poco, de levitas de verano. La pobre señora, temiendo que le faltase tiempo para acabarlos, había pasado cuatro noches en vela, que se las doy yo á la mas pintada; cuatro noches desojándose, picándose mil veces con la aguja, y sufriendo unas jaquecas que se chupaba los dedos.

Item. Unos tirantes de orillo.

Item. Dos pares de pantalones de paño, y dos de algodón, todos los cuales le llegaban á Ricardillo hasta debajo del sobaco; la madre los llamaba *crecederitos*, y en efecto, mucho había de crecer su hijo para que le viniesen cortos.

Item. Seis pares de medias de hilo crudo, que no había querido cocer la señora Teresa, por razones de economía doméstica que comprenderán mis amables lectores.

Item. Una chaqueta de paño de Garrobillas.

Item. Una levita de cúbica, *crecederita* como los pantalones, y otra de paño, su hermana carnal con respecto á las dimensiones.

Item. Un baston de castaño, charolado de negro con bola de la que usaban los militares para limpiar las cartucheras, y del cual pendían dos borlas de seda azul-cristina, segun la moda que poco antes reinaba.

¡Ya se vé! Con tal equipaje ¿quién tosía á nuestro héroe? El día en que á Ricardo le daba la gana de ponerse de mirame y no me toques, ó de rechupete, como decían en el pueblo, y de irse á dar un paseo por el Calvario, punto el mas concurrido los domingos y fiestas de guardar, no era extraño que el hijo del alcalde, rival suyo en amores, le pusiera mas faltas que á una pelota; á lo cual él se decía por lo bajo: «¡Si la envidia fuera tina!» no era extraño que el hijo del escribano esclamase para sus adentros: «¡Quién tuviera un sombrero así!» no era extraño que el sobrino del cura murmurara: «¡Parece un señor!» y por último, no era extraño que Ricardillo trajese al retortero la mitad de las mozas del pueblo. Su vanidad crecía con sus triunfos; y hasta contemplaba, con secreto placer, el martirio que con ella á los demás causaba.

A la señora Teresa se le caía la baba, viendo que su hijo era señalado por el dedo de todos sus convecinos;

y cuando pensaba en la boda de Ricardillo, le parecían mujeres de tres al cuarto para él las ricas é ilustres princesas de los cuentos y romances que se le venían á la memoria, cuanto mas las rústicas, y záfias, y humildes muchachas de la aldea.

—Señá Teresita, lo dicho;—esclamó la tía Cavilosa, luego que hubo visto prenda por prenda, mientras aquella las doblaba y ponía en su sitio correspondiente;—Ricardito va á parecer un príncipe. ¡Buenos cuartos le habrá costado á usted este ajuar!

—¡Ay, hija! no lo sabe V. bien; y eso que, á Dios gracias, mientras tenga yo salud y cinco dedos en cada mano, no he de dar á hacer nada fuera de casa; pero así y todo, para traer decentito al chico, algunos bocados he tenido que quitarme de la boca, amen de llevarme muchos malos ratos.

—¡Tomá! y vender buenos pedazos de tierra, señá Teresita; algunas veces he dicho yo para mí: «¡Válgame Dios! la probe de la señá Teresita se va á quedar por buenas;» pero como dijo el otro, *no se cogen truchas á bragas enjutas*, y al que pudre se le alegrará el alma de ver lo que usted rema por su hijo; á mas que el muchacho se lo agradecerá á usted cuando sea hombre para buscárselas; y si no lo hace así, no tendrá perdon de Dios.

—¡Oh! lo que es en eso, pongo por él las manos en la lumbre.

—Y yo y todo; pero muchos no son de ese modo de pensar, y algunas probes pueden decir con razon, después de haberse estado escrismando por mas de cuatro: *cria cuervos y te sacarán los ojos*. Apuradamente, lo que sobran son desagradecidos.

—¡Ea!—esclamó la señora Teresa—ya está el baul.

—Ahora lo que falta—respondió la Cavilosa—es que al chico le dé Dios salud para romper lo que va dentro.

—Muchas gracias, tía Cavilosa.

Ricardillo había estado despidiéndose de sus amigos, parientes y personas de mayor respeto, y á eso de las tres de la tarde bajaba, en un carre atartanado, la cuesta que une al pueblo con la carretera.

Lo que la señora Teresa lloró y sollozó, no es para dicho, ni para sentido: la pobre madre no se hartaba de estrechar al muchacho contra su corazón, ni el muchacho de limpiarse las lágrimas, que en abundancia le caían por las mejillas: soltábase aquella de sus brazos, haciendo formal y firme propósito de no volver á detenerlo; pero ¿qué tal sería su firmeza, cuando no bien Ricardo se apartaba cuatro pasos, corría detrás la afligida viuda, como si se le fuera el alma con él, y tornaba á acariciarle con mayor ternura y dobles estremos? Así estuvieron largo rato, hasta que hubo que separarlos casi á la fuerza.

El pueblo distaba cuarenta y dos leguas de Madrid, en las cuales empleó el viajero nueve días, tiempo suficiente para cruzar hoy media Europa. Llegó al término de su viaje, conoció á su tío, instalóse en su casa, y en la misma tarde de su llegada escribió á su madre, habiéndole de los *paises* recorridos, de la cariñosa acogida de su pariente, y de sus primeras impresiones en la capital de la monarquía.

Ricardo salió á la calle varias veces, de chaqueta y cachucha, y aunque anduvo por medio Madrid y por los sitios mas públicos, nadie reparó en él, ni verdaderamente había por qué, ni para qué; pero vino un día de fiesta entre semana, y Ricardo, para solemnizarlo, determinó ponerse de tiros largos, esto es, lo mejorcito de su ropa, lo que tan asombroso efecto había producido en la flor y nata de la aldea. Su tío se hallaba entonces en Aranjuez, á comprar madera para el taller, y no pudo, por esta causa, acompañarle á paseo. ¡Poquito entusiasmado estaba el muchacho con su traje! Palpitábase de alegría el corazón, y humedeciábase los ojos, pensando en su amorosa madre, cuyas manos habían cortado y cosido aquellas primorosas prendas. ¡Cómo se alegraría también ella, cuando su hijo le dijese que todo el mundo le había mirado en los paseos! ¡Cómo se le saltarían las lágrimas cuando la escribiese: «á todos los que me preguntan que quién me ha hecho el traje, les respondo: *mi madre!*» Considerando la vanidad de Ricardillo bajo este punto de vista, era, sino legítima, disculpable al menos.

Nuestro intrépido jóven se puso camisa amarilla, chaleco verde, corbatin azul de pana, pantalon de paño (á 14 de julio), levita de lo mismo, y el célebre sombrero de color de pasa-corinto; empuñando, por supuesto, minutos antes de salir, el indispensable baston con borlas de seda azul-cristina. Recuerdo haber visto fachas por el estilo en algunas piezas cómicas.

Lo que es á la criada, le llenó tanto el ojo el apuesto doncel, que habiendo llegado el carpintero, á poco de ausentarse Ricardo, y preguntado por él, le dijo aquella que había salido hecho un niño Jesús, con su melenita rubia como unas candelas, y la preciosidad del sombrero. Al oír el tío lo del sombrero de color, que aun no había visto, arrugó el entrecejo, asaltáronle temores de catástrofes desconocidas, un sudor se le iba y otro se le venía, é impulsado por un vago presentimiento, se echó fuera de casa.

Nuestro amiguito no se anduvo con tío pásame usted el rio, sino que, midiendo á paso largo toda la calle de Alcalá, se plantó en el Prado, precisamente á la hora de mas concurrencia. Habíase distraído tanto por el

